

ramiento gradual del hombre por la ley y la enseñanza; hé ahí el objeto sério que debe proponerse todo buen Gobierno y todo verdadero pensador; hé ahí la mision que se había impuesto Malesherbes durante sus demasiado cortos Ministerios. Desde 1776, sintiendo acercarse la tormenta que diez y siete años despues lo arrancó todo, se apresuró á ligar la vacilante Monarquía en este sólido terreno. De aquel modo hubiera salvado al Estado y al Rey si el cable no se hubiera roto. Pero—y esto debe alentar á cualquiera que imitarle quiera — si el mismo Malesherbes pereció, su recuerdo al ménos ha permanecido indestructible en la tempestuosa memoria de ese pueblo en revolucion que todo lo olvida, como permanece en el fondo del Océano, medio enterrada bajo la arena, la vieja ancla de hierro de un navío que desaparece enmedio de la tempestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONTESTACION

DE M. VICTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINT-MARC GIRARDIN

16 Enero 1845.

SEÑOR:

Vuestro pensamiento se ha adelantado al mio. En el momento de alzar la voz en este recinto para responderos, no puedo dominar una profunda y dolorosa emocion. Vos la comprendeis, señor; vos comprendeis que mi primer movimiento no podría dirigirse hácia vos, ni áun hácia el honorable y malogrado compañero al cual sucedeis. En este instante, en que hablo en nombre de la Academia entera, ¿cómo podría contemplar un puesto vacío en sus filas sin pensar en el eminente y extraño hombre que debía estar en ellas, en aquel íntegro servidor de la pátria y de las letras, aniquilado por sus mismos trabajos, expuesto ayer á tantos odios, rodeado hoy de esa respetuosa y universal simpatía, que no tiene más inconveniente que el de esperar siempre para declararse en favor de los hombres

30343

ilustres el momento supremo de la desgracia? Dejarme, señor, hablaros de él un momento. Lo que en él todos estimábamos, lo que en esta Academia era, ya lo sabeis: el maestro de la crítica moderna, el escritor elevado, elocuente, gracioso y severo, el justo y sábio espíritu consagrado á la firme y recta razon, el hermano afectuoso, el amigo fiel y seguro, que me es imposible considerar ausente de mi lado sin sentir una inexplicable opresion en el corazon. Esta ausencia tendrá un término, no lo dudemos; volverá. Confíemos en Dios, que tiene en su mano nuestras inteligencias y nuestros destinos, pero que no crea semejantes hombres para que dejen sin terminar su obra. ¡Hombre excelente y querido! Compartía su vida noble y seria entre los más graves asuntos y los cuidados más conmovedores. Tenía el alma tan inagotable como la inteligencia. Su elogio podría hacerse con una sola frase. El dia en que fué preciso, se encontró que en aquel gran literato, en aquel hombre público, en aquel orador, en aquel ministro, había una madre!

En medio de los unánimes sentimientos que hacia él se dirigen, siento con más ardor que nunca todo su valor y toda mi insuficiencia. ¡Que no me reemplazase en este momento! ¡Si le fuese dado á la Academia, si le fuéese dado á este auditorio tan ilustre y tan encantador que me rodea oírle hablar en esta ocasion desde el sitio en que me encuentro, con qué seguridad de gusto, con qué elevacion de lenguaje, con qué autoridad de buen sentido hu-

biera sabido apreciar vuestros méritos, señor, y rendir homenaje al talento de M. Campenon!

M. Campenon, en efecto, tenía uno de esos géneros de inteligencia que reclaman el golpe de vista del crítico más experimentado y delicado. Ese trabajo de análisis inteligente y meditado me le habeis hecho fácil, señor, haciéndole vos mismo, y despues de vuestro excelente discurso poco me queda que decir del autor del *Hijo pródigo* y de la *Casa de los Campos*. Estudiar á M. Campenon, como yo lo he hecho, es amarle; explicarle cual lo habeis hecho vos, és hacerle amar. Para leerle bien, es preciso conocerle bien. En él, como todas las naturalezas francas y sinceras, el escritor deriva del filósofo, el poeta deriva del hombre, sencilla, fácilmente, sin violencia, sin esfuerzo. De su carácter se puede deducir su poesía, de su vida sus poemas. Sus obras son todo lo que su espíritu es. Era dulce, fácil, tranquilo, benévolo, lleno de gracia en su persona y de amenidad en su palabra, indulgente con todos los hombres, resignado á todas las cosas; amaba la familia, la casa, el hogar doméstico, el techo paterno; amaba el retiro, los libros, el ocio como un poeta, la intimidad como un sábio; amaba los campos por lo que ellos son, más bien por las flores que en ellos encontraba que por los versos que de ellas hacía, más como un buen hombre que como académico, más bien como la Fontaine que como Delille. Nada superaba la excelencia de su inteligencia más que la excelencia de su corazon. Tenía el gusto de la admiracion, buscaba las

grandes amistades literarias y gozaba con ellas. El cielo no le había dado, sin duda, el esplendor del génio, pero le había dado lo que le acompaña casi siempre, lo que muchas veces ocupa su lugar: la dignidad del alma. M. Campenon no sentía envidia ante las grandes inteligencias, ni ambicion ante los grandes destinos. Era, cosa rara y admirable, del reducido número de esos hombres de segunda fila que tienen cariño á los de la primera.

Lo repito, una vez conocido su carácter, se conocía su talento, y en esto participaba de ese noble privilegio de revelacion de sí mismo, que sólo parece pertenecer al génio. Cada una de sus obras es como una produccion necesaria, cuya raíz se encuentra en algun rincon de su corazon. Su amor á la familia, engendró ese dulce y conmovedor poema del *Hijo pródigo*; su aficion por el campo hizo nacer la *Casa de los Campos*, ese gracioso idilio; su culto hácia las inteligencias eminentes determinó los *Estudios sobre Ducis*, libro curioso é interesante en sumo grado, por todo lo que enseña y por todo lo que deja entrever; retrato fiel y cuidadoso de una figura aislada, pintura involuntaria de toda una época.

Ya lo veis, el literato reflejando al hombre, el talento espejo del alma, el corazon estrechamente mezclado siempre con su imaginacion; tal fué M. Campenon. Amó, pensó, escribió; fué soñador en su juventud, se hizo pensativo en su ancianidad.

A aquellos que nos pregunten si fué grande y

si fué ilustre, les responderemos: fué bueno y fué dichoso.

Uno de los caracteres del talento de M. Campenon, es la presencia de la mujer en todas sus obras. En 1810 escribió, en una carta á M. Legouvé, autor del *Mérito de las mujeres*, estas notables palabras: «¿Cuándo comprenderán al fin las gentes de letras el partido que podrían sacar en sus versos de las cualidades infinitas y de las gracias de la mujer, que tantas inquietudes y tan poca felicidad verdadera tiene aquí abajo? Sería honroso para nosotros, literatos y filósofos, procurar con nuestras obras despertar el interés en favor de las mujeres, algo desheredadas por los hombres, conven-gamos en ello, en el órden social que hemos hecho, más bien para nosotros que para ellas. Vos habeis dedicado á las mujeres todo un poema; yo las dedicaré gustoso toda mi poesía.» Hay en estas pocas líneas una luz arrojada sobre aquella naturaleza, tierna, patética y afectuosa. Todas sus composiciones, en efecto, están dulcemente iluminadas, por decirlo así, por la figura de una mujer, bella y luminosa, inclinada cual una musa sobre la quebrantada y dolorosa frente del poeta. Es Eleonora en su poema del *Tasso*, desgraciadamente incompleto; es en sus elegías la jóven enferma, la judía de Cambrai, María Estuardo, mademoiselle de la Vallière, madame de Sevigné. Tú, Sevigné, de quien dice:

«Tú que fuiste madre y no fuiste autor.»

Es en la parábola del *Hijo pródigo* aquella in-

tervencion de la madre que, desde luego, señor, le habeis reprochado; anacronismo de un corazon irreflexivo y bueno, que se manifiesta cristiano y moderno alli donde sería necesario ser judío y antiguo, y que se presenta indulgente en un asunto severo; falta real, pero encantadora.

Por mi parte no puedo, lo confieso, leer sin cierto enternecimiento aquel voto conmovedor de M. Campenon en favor de la mujer *que tiene*, repito sus propias palabras, *tantas inquietudes y tan poca felicidad aquí abajo*. Aquel llamamiento á los escritores, se ve que nace de lo más profundo de su alma. Lo ha repetido frecuentemente acá y allá, bajo diferentes formas, en todas sus obras, y cada vez que se encuentra ese sentimiento, agrada y conmueve, pues nada encanta tanto como encontrar en un libro cosas que son dulces al par que justas.

¡Oh! ¡Qué ese voto sea escuchado! ¡Qué no sea en vano ese llamamiento! Que el poeta y el pensador concluyan por hacer cada vez más santa y venerable á los ojos de la multitud, demasiado pronta á la ironía y demasiado dispuesta á la indiferencia, esa pura y noble compañera del hombre, tan fuerte algunas veces, frecuentemente tan agobiada, tan resignada siempre, casi igual al hombre por el pensamiento, superior al hombre por todos los instintos misteriosos de la ternura y del sentimiento, no teniendo en tan alto grado, si se quiere, la facultad de crear con el espíritu, pero sabiendo amar mejor; tal vez ménos grande inteli-

gencia, pero de seguro mucho mayor corazon; los espíritus ligeros la condenan y ridiculizan fácilmente; el vulgo es todavía pagano en todo lo que á ella se refiere, hasta en el grosero culto que la rinde; las leyes sociales son rudas y avaras para ella; pobre, está condenada al trabajo; rica, á la contradicción; las preocupaciones, aún en lo que de bueno y útil tienen, pesan más duramente sobre ella que sobre el hombre; su mismo corazon, tan elevado y tan sublime, no siempre es para ella un consuelo y un asilo; como ama mejor, sufre más; parece como si Dios hubiera querido darla en este mundo todos los martirios, sin duda porque de antemano la reserva todas las coronas. Pero también, ¡qué papel desempeña en el conjunto de los hechos providenciales, de los que resulta el mejoramiento continuo del género humano! ¡Cuán grande es, en el entusiasmo sério de los contempladores y de los poetas, la mujer de la civilizacion cristiana, figura angélica y sagrada, hermosa, con la belleza física al par que con la belleza moral, pues la hermosura exterior no es más que la revelacion y el resplandor de la belleza interior; siempre dispuesta á desplegar segun la ocasion, ya una gracia que nos encante, ya una perfeccion que nos aconseje; aceptándolo todo de la desgracia, excepto la hiel, puesto que es más dulce á medida que está más triste; santificada en fin, en todas las edades de la vida: hija por la inocencia, esposa por el deber, madre por el sacrificio!

M. Campenon formaba parte de la Universidad;

la Academia, para reemplazarle, ha buscado lo más distinguido que la Universidad podía ofrecerla; su eleccion, señor, se fijó en vos naturalmente. Vuestros trabajos literarios sobre Alemania, vuestras investigaciones sobre el estado de la instruccion intermediaria en ese gran país, os recomendaban notablemente á los sufragios de la Academia. Un *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVI*, lleno de ojeadas ingeniosas, un notable *Elogio de Bossuet*, escrito con vigoroso estilo, os habían hecho ya merecedor de dos de sus coronas. La Academia os contaba entre sus más brillantes laureados; hoy os admite entre los jueces.

En esta nueva posicion, vuestro horizonte, señor, se ensanchará. Abarcareis, con mirada más firme al par que más extensa, más vastos espacios. Los espíritus como el vuestro se fortifican á medida que se elevan, y á medida que se alza su punto de vista sube su pensamiento. Nuevas perspectivas, que tal vez á vos mismo os sorprendan, se presentarán á vuestra vista. Esta es, señor, una region serena. Al entrar en esta compañía secular, que tantos y tan grandes nombres han honrado, donde tanta gloria hay, y, por consiguiente, tanta serenidad, cada cual depone su pasion personal y toma la pasion de todos: la verdad. Sed bienvenido, señor. No encontrareis aquí el eco de las controversias que conmueven á los espíritus por fuera, y cuyo ruido no llega hasta nosotros. Los miembros de esta Academia habitan la esfera de las ideas puras. Séame permitido hacerles esta justicia á mí, uno de los últimos

de entre ellos por el mérito y por la edad. Ignoran todo sentimiento que pudiera turbar la inalterable paz de su pensamiento. Bien pronto, señor, llamado á sus Asambleas interiores, los conoceréis, los vereis tales como son, afectuosos, benévolos, pacíficos, consagrados todos á los mismos trabajos y á los mismos gustos; honrando las letras, cultivándolas unos con más inclinacion hácia el pasado, otros con más fé en el porvenir; aquéllos, cuidadosos sobre todo de pureza, adorno y correccion, prefiriendo á Racine, Boileau y Fenelon; éstos, preocupados con la Filosofía y la Historia, hojeando Descartes, Pascal, Bossuet y Voltaire; sorprendidos ademas, por las atrevidas y varoniles bellezas del génio libre, admirando ante todo la Biblia, Homero, Esquilo, Dante, Shakspeare y Molière; todos acordes, aunque diversos, poniendo sus opiniones en comun, con cordialidad y buena fé; buscando lo perfecto, meditando lo grande; viviendo juntos, en fin, hermanos más bien que cofrades, en el estudio de los libros y de la naturaleza, en la religion de lo bello y del ideal, en la contemplacion de los maestros eternos.

Esta será para vos, señor, una enseñanza interior que aprovechará, no lo dudeis, á vuestra enseñanza de fuera. Vuestra misma inteligencia tan cultivada, vuestra misma palabra tan viva, tan variada, tan espiritual y tan justamente aplaudida, podrán alimentarse y fortificarse con el comercio de tantos espíritus elevados y tranquilos, y en particular con los de esos nobles ancianos, vuestros

antecesores y vuestros maestros, llenos á la vez de autoridad y de dulzura, de gravedad y de gracia, que conocen la verdad y quieren el bien.

En cambio vos, señor, traereis á las deliberaciones de la Academia vuestras luces, vuestra erudición, vuestro ingenioso espíritu, vuestra rica memoria, vuestro elegante lenguaje.

Felicitaos por las nuevas fuerzas que adquiriréis así, al lado de vuestros venerables cofrades, para vuestra delicada y difícil misión. ¡Qué más eficaz y más elevado que una enseñanza literaria, penetrada del espíritu tan imparcial, tan simpático y tan benévolo que anima en este momento á esta antigua é ilustre compañía! ¡Qué más útil que una enseñanza literaria, docta, amplia, desinteresada, digna de una gran corporación como el Instituto, y de un gran pueblo como la Francia, objeto de estudio para las nuevas inteligencias y motivo de meditación para los talentos formados y los espíritus maduros! ¡Qué más fecundo que semejantes lecciones, compuestas de prudencia tanto como de ciencia, que todo lo enseñan á los jóvenes y que algo enseñan á los ancianos!

No es tarea insignificante, señor, sostener el peso de una gran enseñanza pública en esta memorable é ilustre época, en la que por todas partes se renueva el espíritu humano. Este siglo ha visto suceder á una generación de soldados, una generación de escritores. Ha empezado con las victorias de la espada y continúa con las victorias del pensamiento. ¡Grande espectáculo! Abarcando el con-

junto, juzgando desde un punto de vista elevado el inmenso trabajo que por todas partes se opera, hechas todas las críticas, admitidas todas las restricciones, en el tiempo en que nos encontramos lo que existe en el fondo de las inteligencias es bueno. Todos cumplen su misión y su deber; el industrial como el literato, el hombre de prensa como el de la tribuna, todos; desde el obrero humilde, benévolo y laborioso que se levanta antes que la luz entre en su oscura celda, que acepta la sociedad y que la sirve aunque colocado en sus últimas capas, hasta el Rey, que desde lo alto de su trono derrama sobre todas las naciones las graves y santas palabras de la concordia universal.

En una época tan seria son necesarios serios consejos. Aunque casi temerario sea emprender tanta empresa, permitidme, señor, á mí que no he tenido jamás la dicha de ser del número de vuestros oyentes, y que lo lamento, representarme tal cual debe ser, tal cual sin duda es, y ensayar el hacer hablar un momento en vuestra presencia, así como yo al menos la comprendería en su punto de partida, esa elevada enseñanza del Estado recogida siempre; insisto acerca de este punto como una lección por la multitud estudiosa y por las nuevas generaciones, mereciendo á veces hasta el insigne honor de ser aceptada como un aviso, por el erudito, por el sábio, por el publicista, por el talento que fertiliza el viejo surco literario, hasta por esos hombres eminentes y solitarios que dominan toda una época, apoyados á la vez sobre la idea con que Dios

dotó á su siglo y sobre la idea con que Dios dotó á su espíritu.

¡ Literatos ! Sois lo selecto de las generaciones, la inteligencia de las multitudes reunida en algunos hombres, la cabeza misma de la nacion. Sois los instrumentos vivos, los jefes visibles de un poder espiritual, formidable y libre. Para no olvidar nunca cuál es vuestra responsabilidad, no olvidéis nunca cuál es vuestra influencia. Contemplad lo que han hecho vuestros abuelos, pues que teneis por antepasados todos los génius que desde hace tres mil años han guiado ó extraviado, han iluminado ó turbado al género humano. Lo que de todos sus trabajos se desprende, lo que de todas sus pruebas resulta, lo que descuella en todas sus obras, es la idea de su poder. Homero ha hecho más que Aquiles, ha hecho á Alejandro; Virgilio apaciguó la Italia despues de las guerras civiles; Dante la agitó; Lucano fué la pesadilla de Neron; Tácito hizo de Caprea el cepo de Tiberio. En la Edad Media, ¿quién fué, despues de Jesucristo, la ley de las inteligencias? Aristóteles. Cervantes destruyó la caballería; Molière corrigió la nobleza por la burguesía, y la burguesía por la nobleza; Corneille derramó el espíritu romano en el espíritu francés; Racine, que, sin embargo, murió con una mirada de Luis XIV, había hecho descender á Luis XIV del teatro; cuando preguntaban al gran Federico á qué Rey temía en Europa, respondía: *Al rey Voltaire*. Los literatos del siglo XVIII, Voltaire á su cabeza, abrieron brecha y echaron por tierra la sociedad antigua; los

literatos del siglo XIX pueden consolidar ó quebrantar la nueva. En fin, ¿qué más os diré? El primero de todos los libros y de todos los códigos, la Biblia, es un poema. Por todas partes, y siempre, esos grandes soñadores, que se llaman pensadores y poetas, se mezclan á la vida universal, y por decirlo así á la respiracion misma de la humanidad. El pensamiento no es más que un soplo, pero ese soplo remueve el mundo.

Que los escritores, pues, se aprecien seriamente. Que sean graves, moderados, independientes y dignos en su accion pública. En su accion literaria, en los libres caprichos de su inspiracion, que respeten siempre las leyes radicales del lenguaje, que es la expresion de la verdad, y del estilo, que es la forma de lo bello. En el estado en que hoy día se encuentran los espíritus, el literato debe su simpatía á todas las penas individuales, su pensamiento á todos los problemas sociales, su respeto á todos los enigmas religiosos. Pertenece á los que sufren, á los que yerran, á los que buscan. Es preciso que deje á los unos un consejo, á los otros una solucion, á todos una palabra. Si es fuerte, que pese y juzgue; si lo es más todavía, que examine y enseñe; si es el más grande de todos, que consuele. Segun lo que el escritor vale, así la mesa en que apoya sus codos, y desde la cual habla á las inteligencias, es á veces un tribunal y á veces una cátedra. El talento es una magistratura; el génio es un sacerdocio.

Escritores que quereis ser dignos de ese noble

título y de esa severa función : aumentad diariamente, si os es posible, la gravedad de vuestra razón ; descendid á las entrañas de todas las grandes cuestiones humanas ; posad sobre vuestros pensamientos, cual sublimes cargas, el arte, la historia, la ciencia, la filosofía ; eso es lo bello, eso es lo loable y eso es lo útil. Haciéndoos más grandes, os haceis mejores. Por una especie de doble trabajo divino y misterioso, se encuentra que, al mejorar en vosotros lo que piensa, mejorais también lo que ama.

La elevación de sentimientos está en razón directa de la profundidad de inteligencia. El corazón y el espíritu son los dos platillos de una balanza. Sumid el espíritu en el estudio, y elevareis el corazón á los cielos.

Vivid en la meditación de la belleza moral, y, por el secreto poder de transformación que reside en vuestro cerebro, haced, para la vista de todos, la belleza poética y literaria, esa cosa espléndida y resplandeciente. No entendais esas palabras, *belleza moral*, en el estrecho y reducido sentido que las interpreta la pedantería escolástica ó la pedantería devota ; interpretadlas grandemente como las interpretaron Shakspeare y Molière, esos génius tan libres en la superficie y tan austeros en el fondo.

Una palabra más, y termino.

Ya sea que en el teatro hagais visible, para enseñanza de la multitud, la triple lucha, tan pronto ridícula como terrible, de los caracteres, las pasiones y los acontecimientos ; ya sea que en la Histo-

ria busqueis, cual encorbado y atento espigador, la idea que bajo cada hecho germina ; ya sea que por medio de la poesía pura difundais vuestra alma en las almas todas, para sentir enseguida como todos los corazones en el vuestro se derraman ; hagais lo que hagais, digais lo que querais, referido todo á Dios. Que en vuestra inteligencia, del mismo modo que en la creación, todo empiece en Dios : *ab Jove*. Creed en él como las mujeres y como los niños. Haced de esa gran fé, completamente sencilla, el fondo y la base de todas vuestras obras. Que se las sienta marchar con firmeza sobre ese sólido terreno. Sólo Dios es el que da al génio esas profundas luces de la verdad que nos deslumbran. Sabedlo bien, pensadores : despues de cuatro mil años que la sabiduría humana viene soñando, no ha encontrado nada fuera de él. Porque, en la oscura é inextricable red de las filosofías inventadas por el hombre, aunque veais resplandecer acá y allá algunas verdades eternas, guardaos bien de deducir que tienen el mismo origen y que esas verdades han nacido de esas filosofías. Sería error semejante al de las gentes que, al ver las estrellas á través de los árboles, imaginasen que eran las flores de aquellas negras ramas.